

Nosotros, *los Niños* **WEB**



Piotr Czerski

Probablemente no haya una palabra que tan abusada por el discurso de los medios como “generación”. Una vez traté de contar las “generaciones” que han sido proclamadas en los últimos diez años, desde aquel conocido artículo sobre la llamada “Generación Nada”, y creo que sumé tantas como doce. Todas ellas tenían algo en común: sólo existían en el papel. La realidad nunca nos ha provisto de un solo impulso tangible, significativo e inolvidable cuya experiencia común podría llegar a distinguirnos de las generaciones anteriores. Lo hemos estado buscando, sin embargo, el cambio innovador llegó sin anunciarse con la aparición de la televisión por cable, los teléfonos móviles y, sobre todo, el acceso a Internet. Sólo hoy podemos comprender de manera completa cuánto ha cambiado todo en los últimos quince años.

Nosotros, los Niños Web. Nosotros, quienes crecimos con Internet y en Internet, somos una generación que alcanza los criterios de este término de una manera algo subversiva. No se nos presentó bajo la forma de un estímulo desde la realidad sino, más bien, fue una metamorfosis de la realidad misma. Lo que nos une no es un contexto cultural común y limitado, sino la convicción de que el contexto se define por sí mismo y es un resultado de la elección libre.

Mientras escribo esto, soy consciente de que estoy abusando del pronombre “nosotros” ya que nuestro “nosotros” es fluctuante, discontinuo, borroso y, de acuerdo a las viejas categorías, temporal. Cuando digo “nosotros”, significa “muchos de nosotros” o “algunos de nosotros”. Cuando digo “nosotros somos” significa que “a menudo somos”. Digo “nosotros” sólo con el fin de ser capaz de hablar acerca de nosotros.

Crecimos con Internet y en Internet. Esto es lo que nos hace diferentes, esto es lo que hace la crucial, aunque sorprendente desde vuestro punto de vista, diferencia. Nosotros no “surfeamos” por Internet, para nosotros Internet no es un “lugar” o “espacio virtual”. Para nosotros, Internet no es algo externo a la realidad sino una parte de ella: una capa invisible pero constantemente presente entrelazada con el entorno físico. Nosotros no usamos Internet, vivimos en Internet y a través de Internet. Si les contáramos nuestra novela de iniciación podríamos decir que hubo un vínculo natural con Internet en cada experiencia que nos fue marcando. Nos hicimos amigos y enemigos online, planeamos fiestas y sesiones de estudio online, nos enamoramos y rompimos online. Para nosotros, la Web no es una tecnología que tuvimos que aprender y que nos las arreglamos para entender. La Web es un proceso, sucediendo continuamente y continuamente transformándose ante nuestros ojos. Con nosotros, nosotros mediante. Las tecnologías aparecen y luego se disuelven en las periferias. Los sitios web están construidos,

florece y luego desaparece. Pero la Web sigue, porque nosotros somos la Web. Nosotros, comunicándonos unos con otros de una manera que nos resulta natural, más intensa y más eficiente que nunca antes en la historia de la humanidad.

Al haber sido criados en la Web, pensamos de manera diferente. La capacidad de encontrar información es para nosotros algo tan básico como la habilidad de encontrar una estación de tren o una oficina de correos en una ciudad desconocida lo es para ustedes. Cuando queremos saber algo -los primeros síntomas de la varicela, las razones del hundimiento del «Estonia» o si la factura del agua no es sospechosamente alta- tomamos decisiones con la certeza de un conductor en un auto equipado con navegación satelital. Sabemos que vamos a encontrar la información que necesitamos en un montón de lugares: sabemos cómo llegar a esos lugares, sabemos cómo evaluar su credibilidad. Hemos aprendido a aceptar que, en lugar de una única respuesta, nos encontramos con muchas diferentes: de todas ellas podemos abstraer la versión más probable y, también, descartar las que no nos parecen creíbles. Nosotros seleccionamos, filtramos, recordamos y estamos dispuestos a intercambiar la información obtenida cuando llega una más nueva y mejor.

Para nosotros, la Web es una especie de memoria externa compartida. No tenemos que recordar detalles innecesarios: fechas, cantidades, fórmulas, cláusulas, nombres de calles, definiciones detalladas. Es suficiente con un “abstract”, la esencia de lo que se necesita para procesar la información y contársela a los demás. Si necesitáramos los detalles, podríamos encontrarlos en cuestión de segundos. Del mismo modo, no tenemos que ser expertos en todo, porque sabemos dónde encontrar a las personas que se especializan en aquello que nosotros mismos no sabemos y en quienes podemos confiar. Personas que compartirán su experticia con nosotros sin ánimo de lucrar, sólo por la

creencia compartida de que la información existe en movimiento, de que quiere ser libre, de que todos nos beneficiamos del intercambio de información. Todos los días, al estudiar, trabajar, resolver problemas cotidianos, perseguir nuestros intereses. Sabemos cómo competir y nos gusta hacerlo, pero nuestra competencia, nuestro deseo por ser diferentes, se basa en el conocimiento, en la habilidad para interpretar y procesar la información, y no en monopolizarla.

Participar en la vida cultural no es algo fuera de lo común para nosotros: la cultura global es el ladrillo fundamental de nuestra identidad, quizás uno más importante para la definición de nosotros mismos que las tradiciones, los relatos históricos, el status social, los ancestros o, incluso, el lenguaje que usamos. Del océano de eventos culturales escogemos los que nos caen mejor: nos relacionamos con ellos, los comentamos, guardamos nuestros comentarios en los sitios web creados con ese propósito, los que a su vez también nos dan sugerencias de otros discos, películas o juegos que también podrían gustarnos. Hay películas, series o videos que vemos junto con nuestros colegas y amigos de todo el mundo. Nuestras apreciaciones sólo serán compartidas con un pequeño grupo de personas a las que, tal vez, nunca veremos cara a cara. Es por esta razón que la cultura se está volviendo simultáneamente global e individual. Es por esta razón, también, que necesitamos tener libre acceso a ella.

Esto no quiere decir que exijamos que todos los productos de la cultura estén a nuestra disposición sin costo alguno, aunque cuando creamos algo por lo general lo dejamos suelto para que circule. Entendemos que, a pesar del aumento de la accesibilidad a tecnologías que hacen que la calidad de los videos o los archivos de sonido antes reservada a los profesionales estén hoy al alcance de todos, la creatividad requiere esfuerzo e inversión. Estamos preparados para pagar, pero la comisión gigante que los distribuidores piden

“Crecimos con Internet y en Internet. Esto es lo que nos hace diferentes, esto es lo que hace la crucial, aunque sorprendente desde nuestro punto de vista, diferencia”

nos parece, obviamente, exagerada. ¿Por qué habríamos de pagar por la distribución de la información que puede ser fácil y perfectamente copiada sin ninguna pérdida para la calidad del original? Si sólo estamos recibiendo la información, queremos que el precio sea proporcional a ella. Estamos dispuestos a pagar más, pero esperamos recibir algo con valor agregado: un empaque interesante, un *gadget*, una mayor calidad, la opción de verlo aquí y ahora sin tener que esperar a que el archivo se descargue. Somos capaces de mostrar aprecio y queremos recompensar a los artistas (desde que el dinero dejó de ser billetes de papel y se convirtió en una cadena de números en la pantalla, el pago se ha convertido en un acto simbólico de intercambio que se supone debe beneficiar a ambas partes), pero los objetivos de venta de las corporaciones no son un tema de nuestro interés. No es nuestra culpa que su negocio haya dejado de tener sentido en su versión tradicional y que, en lugar de aceptar el reto y tratar de llegar a nosotros con algo más que lo que podemos obtener de forma gratuita, hayan decidido defender sus obsoletos modos.

Una cosa más: no queremos pagar por nuestros recuerdos. Las películas que nos hacen acordar de nuestra infancia, la música que nos acompañaba hace diez años: en la red de memoria externa éstos son simples recuerdos. Retenerlos, intercambiarlos, reciclarlos es para nosotros algo tan natural como el recuerdo de *Casablanca* lo es para ustedes. Encontramos online las películas

que vimos cuando éramos niños y se las mostramos a nuestros hijos tal y como ustedes nos contaron la historia de Caperucita Roja o Ricitos de Oro. ¿Se pueden imaginar a alguien acusándolos de violar la ley por haberlo hecho? Nosotros no podemos, tampoco.

Estamos acostumbrados a pagar las facturas de forma automática, siempre y cuando nuestro saldo de cuenta lo permita. Sabemos que abrir una cuenta bancaria o cambiar de proveedor móvil es sólo cuestión de llenar un formulario online y firmar un acuerdo entregado por un mensajero. O que un un viaje al otro lado de Europa con una corta visita a otra ciudad en el camino se puede organizar en dos horas. En consecuencia, siendo usuarios del Estado, estamos cada vez más molestos por su interfaz arcaica. No entendemos por qué la declaración de impuestos pide completar tantas planillas, alguna entre ellas con más de un centenar de preguntas. No entendemos por qué nos vemos obligados a confirmar oficialmente habernos mudado de una dirección “permanente” a otra dirección “permanente”, como si los municipios no pudieran comunicarse entre sí sin nuestra intervención (por no mencionar que la necesidad de tener una dirección permanente es, en sí, totalmente absurda).

No hay un solo rastro en nosotros de la humilde aceptación mostrada por nuestros padres, quienes estaban convencidos de que las cuestiones administrativas eran de suma importancia y quienes consideraban que la interacción con el Estado era algo a ser celebrado. No sentimos ese respeto, enraizado en la distancia entre el ciudadano solitario y las majestuosas alturas en donde reside la clase dominante, apenas visible entre las nubes. Nuestra visión sobre la estructura social es diferente a la de ustedes: la sociedad es una red, no una jerarquía. Estamos acostumbrados a iniciar un diálogo con cualquier persona, ya sea un profesor o una estrella pop. No necesitamos ninguna calificación especial relacionada con el status

social. El éxito de la interacción depende únicamente de si el contenido de nuestro mensaje será considerado importante y merecedor de respuesta. Y si, gracias a la cooperación, los debates continuos y la defensa de nuestros argumentos en contra de la crítica, tenemos la sensación de que nuestras opiniones sobre muchas cuestiones son simplemente mejores, ¿por qué no podríamos esperar ser tomados en serio para dialogar con el gobierno?

Nosotros no sentimos un respeto religioso por las “instituciones de la democracia” en su forma actual, no creemos en su rol axiomático como lo hacen aquellos que ven a las “instituciones de la democracia” como monumentos para y por sí mismos. No necesitamos monumentos. Necesitamos un sistema que esté a la altura de nuestras expectativas, un sistema que sea transparente y competente. Hemos aprendido que el cambio es posible, que todo sistema que no es confortable puede ser reemplazado y es reemplazado por uno nuevo. Uno que será más eficiente, más adecuado a nuestras necesidades, que dé más oportunidades.

Lo que nosotros más valoramos es la libertad: la libertad de expresión, la libertad de acceso a la información y a la cultura. Sentimos que es gracias a la libertad que la Web es lo que es y que es nuestro deber de proteger esa libertad. Se lo debemos a las futuras generaciones, tanto como le debemos proteger el medio ambiente.

Tal vez todavía no le hemos dado un nombre, tal vez aún no estamos plenamente conscientes de ello, pero creo que lo que queremos es una democracia real, genuina. Una democracia que, quizás, es más que lo que vuestro periodismo sueña.

Texto originalmente escrito en polaco y luego traducido al inglés por Marta Szreder. Se encuentra disponible, bajo licencia de Creative Commons, en: <http://pastebin.com/oxXV8k7k>.

Edición: Marcelo Franco